



2024_2025
El Café Hablante número 165
del martes 27 de mayo de 2025

Próximo Café Hablante : Martes 3 de junio de 2025.

Índice

1) Viñeta a comentar tener trabajo por fin.....	1
2) Video: "... La Cañada Real llega al Festival de Cannes con 'Ciudad sin sueño'.....	1
3) "Una mierda pinchada en un palo":.....	2
4) Chistes.....	2
5) "Historia de un Perro llamado Leal": Kayu Seis.....	3
6) "Historia de un Perro llamado Leal": Reque / Siete.....	5

1) Viñeta a comentar tener trabajo por fin



2) Video: "... La Cañada Real llega al Festival de Cannes con 'Ciudad sin sueño'



El elenco de "Ciudad sin sueño" está emocionado y nervioso en su llegada al Festival de Cannes. La película trata sobre la amistad, los sueños y las leyendas que se transmiten de generación en generación en una familia que viven en la Cañada Real¹. El director Guillermo Galoe ya estrenó el cortometraje (Aunque es de noche) sobre esta historia hace dos años en Cannes que, ahora, ha convertido en película. Un proyecto que refleja la lucha diaria de los habitantes de la Cañada Real.

<https://www.rtve.es/play/videos/telediario-1/canada-real-festival-cannes-ciudad-sin-sueno/16587389/>

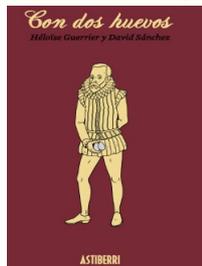


<https://www.rtve.es/noticias/20250519/ciudad-sueno-canada-real-cannes-festival-guillermo-galoe/16587477.shtml>

Nota 1: Las cañadas reales son vías pecuarias reservadas al tránsito de ganado entre diferentes puntos de España para la trashumancia creadas en la Edad Media y Moderna. El actual poblado de la Cañada Real en Madrid es una sucesión de construcciones ilegales, desde chabolas hasta chalets e incluso bloques de pisos, a lo largo de 15 kilómetros de recorrido.

[https://es.wikipedia.org/wiki/Ca%C3%Blada_Real_\(Madrid\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Ca%C3%Blada_Real_(Madrid))

3) "Una mierda pinchada en un palo":

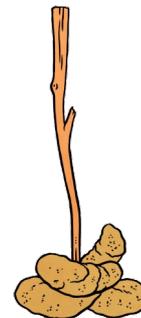


Cosa sin valor, sin cualidad ni interés alguno.

Esto no es arte, es una mierda pinchada en un palo.

Calificar algo de mierda es reducirlo a lo más bajo y sucio, los excrementos, y casi negarle

la existencia. Si, además, ese residuo se presenta ensartado en un palo, la ridiculización es absoluta.



4) Chistes

1) : Una rata muy esnob ficha por un equipo de fútbol. El primer día, el entrenador le dice:

—¡Tú jugarás de portero!

Y la rata puntualiza ofendida:

—¡Disculpe, querrá decir de conserje!

2) : Un señor entra en un hotel y pide una habitación.

—Por supuesto —le dice sonriente el recepcionista—. Tenemos una fantástica suite por mil euros.

—¿No tendría una habitación más económica? —pregunta esperanzado el cliente.

—Por trescientos euros puede disponer de una habitación individual —responde el empleado.

—Demasiado, demasiado... ¿No tendría algo por veinte euros?

—Sí, pero tendrá que hacerse la cama usted...

—¡Esa me interesa! —exclama satisfecho el cliente.

—¡Perfecto! —responde el otro

—. Ahora solo falta que consiga la madera, los clavos, el somier y el colchón... Y cuando haya terminado de construísela, no se olvide de devolverme el martillo.

3) : Un tipo está estudiando piano en su casa, y la verdad es que suena terriblemente mal. Lllaman a la puerta, y cuando abre, un señor le dice:

—Buenos días, soy el afinador.

El aprendiz de pianista le responde perplejo: —Pero si yo no he llamado a ningún afinador...

Y el afinador le contesta: —Ya lo sé, ¡me han contratado sus vecinos!

4) : Dos fantasmas están caminando por las almenas de un castillo cuando de pronto empieza a nevar.

—¡Pongámonos a cubierto, rápido! —exclama el primero.

—¡No pasa nada! —le dice el segundo—, ¡llevamos las cadenas puestas!

5) : Dos amigos se encuentran por la calle.

—¡Es precioso tu Ferrari nuevo! —comenta uno con admiración.

—Sí, pero no tenía previsto comprarlo... —le responde el otro

—. Lo que pasó es que ayer me quedé sin batería en el móvil y tenía que hacer una llamada importante.

Entré en una tienda de venta de automóviles, les pregunté si me dejarían llamar, y me dejaron usar su teléfono. Y entonces, pensé que ¡debía comprarles algo en señal de agradecimiento...!

6) : Dos amigos se encuentran en la calle y uno le explica al otro que ha conocido a una chica que le gusta mucho.

—¿Sabes? —añade—, todo el día me está diciendo que soy muy guapo, inteligente, simpático...

—¡Buff, creo que no te conviene! —lo interrumpe su amigo—. ¡Yo no me fiaría de una chica tan mentirosa!

7) : Una rata boba empieza a trabajar de inspectora de aduanas. En su primer control, hace parar a un camión y le pregunta al conductor:

—¿Qué transporta en el camión?

—Cincuenta mil sobrecitos de cromos —responde el camionero.

—¡Vale! —responde la aduanera novata—. ¡Pues ya los está abriendo todos!

8) : En las praderas del lejano Oeste, un indio encuentra a su compañero tendido en el suelo y con la oreja pegada al suelo.

—¿Alguna novedad, Pequeño Halcón? —le pregunta el que va a caballo.

—Una caravana de diez carretas, tiradas por veinte caballos, siete de los cuales son negros, tres blancos y diez pintos. En las carretas viajan treinta y seis roedores, quince rubios y veintiún morenos. ¡Cuatro perros siguen la caravana!

—¡Vaya, vaya! ¡Te felicito por tu extraordinario oído, Pequeño Halcón! —exclama admirado el que va a caballo.

Y Pequeño Halcón le responde:

—¡Pero qué oído ni qué oído...! —masculla el indio—. ¡Hace veinte minutos que me han pasado todos por encima!

9) : Es el primer día de trabajo de un prometedor joven licenciado en marketing. Pero en cuanto ve que el director le pone en las manos una escoba y un recogedor, protesta:

—¡Al parecer no nos hemos entendido! —dice el joven, realmente ofendido.

—Tienes razón, lo siento. Ha sido culpa mía —le dice el director—. ¡No me he acordado de explicarte cómo funcionan!

10) : Dos amigos se encuentran por la calle y uno le pregunta al otro:

—¿Qué tal va tu problema con la pereza?

—¡Estoy curado! —responde el amigo—. ¡Encontré un doctor que me prometió acabar con mi problema en un tiempo récord!

—¿Y ha funcionado el tratamiento?

—¡Ya lo creo! ¡Me presentó una factura tan elevada que tuve que venderme el coche para pagarla y ahora voy caminando a todas partes!

11) : Un guardia de tráfico para a una rata despistada que acaba de pasarse un disco en rojo.

—¿Qué, no ha visto el semáforo? —le pregunta el guardia.

—Sí —responde la rata—. Pero... ¿qué quiere que le diga? ¡Visto uno, vistos todos!

12) : Dos amigos están en el cine viendo una película y uno le dice al otro:

—¡Eh! ¡Mira cómo duerme ese de la tercera fila! Y el otro le responde malhumorado:

—¿Y por esa estupidez has tenido que despertarme?

13) : Un señor calvo entra en una farmacia y le dice al dependiente:

—Quisiera un crecepele.

—¿De qué tamaño, grande o pequeño?

—Pequeño... ¡cuando crezca pienso cortármelo a cepillo!

5) "Historia de un Perro llamado Leal": Kayu Seis



Kayu Seis



Ha cesado la lluvia y el bosque recupera todos sus olores. Me dispongo a retomar la búsqueda del rastro del fugitivo, pero oigo unas voces que me alarman. La manada de hombres ha salido del cañaveral de koliwe y regresan. Los veo cruzar el río crecido por la lluvia.

Maldicen la desgracia de estar empapados y los rasguños que se han hecho. Se les nota furiosos y agotados. Entre las voces se impone la del jefe de la manada, que los llama cobardes y les repite que sólo están persiguiendo a un indio, y que además está herido.

Yo confiaba en que permanecerían en el cañaveral y tardarían en encontrar una salida. Me reconforta saber que la lluvia ha borrado las huellas del fugitivo que ellos podrían descubrir, me adentro en el bosque dando un rodeo para que no me vean y así poder acercarme a los que dicen ser mis amos, una vez que se hayan instalado a pasar la noche.

Llego hasta ellos cabizbajo y con el rabo entre las patas. Me acerco sumiso hasta el jefe de la manada y recibo los latigazos que me propina como castigo.

—¡Maldito perro! —exclama mientras me azota y ata a mi cuello la cadena.

—No le pegues más, el perro nos guio bien y no tiene la culpa de que el indio se mueva mejor que nosotros —dice uno de los hombres de la manada.

Glossario Machupe

—¡No te metas! Yo sé cómo tratar al perro —grita el jefe de la manada y me da una patada antes de dejarme en paz.

Me alejo de ellos todo lo que me permite la cadena, me echo y, desde donde estoy, los veo ateridos, tiemblan de frío, algunos declaran sentir fiebre y hambre, mucha hambre. Intentan, inútilmente, encender un fuego, pero la lluvia no ha dejado ni una astilla seca.

Se culpan entre ellos por lo lento que avanzan, maldicen el tiempo, la lluvia, el cañaveral, el bosque, el cielo..., y maldicen tanto que el ngünemapu se ofende y hace rugir a tralkan, el trueno, antes de descargar una nueva tormenta.

Los hombres de la manada se agrupan cerca de los árboles, se cubren con capas de hule y tratan de darse calor unos a otros. Tan sólo el jefe de la manada, aferrado a su arma de matar, vigila mirando hacia la espesura sin ver más que sombras que no entiende.

Yo huelo la desesperación de la manada. Huelo el miedo, el hambre, el asco que sienten al devorar trozos de pan mojado que se deshace en sus manos.

Echado, recibo la lluvia y me repongo de los golpes. Oscurece muy pronto. Siento dolor, es cierto, pero no estoy triste, y así me lo dice küdemallü, la luciérnaga, que pese a la lluvia ilumina con su diminuta luz verde.

Los hombres de la manada no la ven, pero ella se posa en mi nariz dispuesta a entregarme su pequeño calor.

Küdemallü quiere que la mire fijamente para recordarme, de esa manera, que el rastro del fugitivo huele a leña seca, a harina, a miel, a todo lo que perdí.

Cierro los ojos y su brillo verde traspasa mis párpados, los llena de una luz intensa, y en esa luz me veo junto a Aukamañ y Wenchulaf. Hay también otros cachorros de hombre, todos Gente de la Tierra, felices de asistir al ayekantun, el encuentro para aprender con alegría, porque el viejo mapuche habla del inicio de todas las cosas.

Aukamañ tiene nueve años, y yo tal vez tenga la misma edad. El niño acaricia mi cabeza mientras escucha al chedki, al padre de su madre, que haciendo sonar el kultrun, el pequeño tambor circular de los cánticos, rogativas y narraciones importantes, les habla del terrible duelo mantenido por dos serpientes, Trengtreng Filu y Kaykay Filu, para decidir cuál de las dos merecía reinar sobre todas las cosas. Pero la lucha fue ardua y prolongada, tanto que al final, cansadas, decidieron que Trengtreng Filu reinaría sobre los mares y Kaykay Filu sobre la tierra firme, los montes y los volcanes. Eso les está narrando Wenchulaf a los niños mapuche cuando es interrumpido por las voces de alarma que llegan desde las rukas.

Un vehículo se acerca, se detiene, de él se baja una manada de hombres. Son wingkas, extraños, no son Gente de la Tierra, y llevan armas de matar.

El jefe de la manada se dirige a Wenchulaf y le pregunta si él es el longko, el que más sabe, el que enseña y aconseja, el que guía a la Gente de la Tierra.

Wenchulaf ordena a los niños que se pongan a su espalda, y en la lengua de los wingkas contesta que sí, que él es Wenchulaf el longko, y que por sus venas corre la sangre del gran Kallfukura.

Los wingkas hacen gestos despectivos. Nada saben de la Gente de la Tierra. Ninguno de ellos habla mapudungun. Nunca oyeron el nombre de Kallfukura —Piedra Azul—, el gran longko cuya sola mención hizo temblar de miedo a miles de wingkas a los dos lados de las grandes montañas, a ambas orillas de los dos grandes océanos.

El jefe de la manada de wingkas le enseña una hoja de papel y dice que en esa hoja de papel se ordena que la Gente de la Tierra abandone el poblado, sus casas, sus tierras, sus bosques, sus ríos, sus lagos, sus quebradas, sus frutos, su harina, su leche y su miel.

Wenchulaf responde que el suelo que pisan y todo lo que ven es del ngünemapu, y que la Gente de la Tierra no se irá, y agrega con una voz que nunca antes habíamos escuchado en él, muy diferente a la dulce y tranquila voz de sus narraciones y sus cánticos:

—Hace mucho, mucho tiempo, vinieron wingkas del norte, de la pikun mapu, la tierra de la mala suerte, y luchamos, vencimos y los expulsamos. Luego vinieron wingkas del oeste, de la lafken mapu, la tierra de los espíritus del mal, ellos trajeron tu lengua de wingka y tu dios, y luchamos, los vencimos y los obligamos a aceptar la paz. Vete y di a tu longko que la Gente de la Tierra no se irá.

Y éstas son las últimas palabras que Aukamañ, los niños mapuche y yo escuchamos al anciano, porque entonces el jefe de la manada de wingkas alza su arma de matar y la sangre de Wenchulaf escapa a raudales de su pecho y se une a la wallmapu, a la patria de la Gente de la Tierra.

La luz verde de küdemallü, la luciérnaga, humedece mis ojos cerrados, pero aun así veo al wingka que me toma del cuello, también veo a Aukamañ, que abraza a su abuelo caído y se incorpora para defenderme, mas el wingka es fuerte y lo hace rodar por el suelo de un golpe en la cara.

—Es un perro de raza, un pastor alemán. ¿Dónde diablos habrán robado este perro los indios? —dice el wingka.

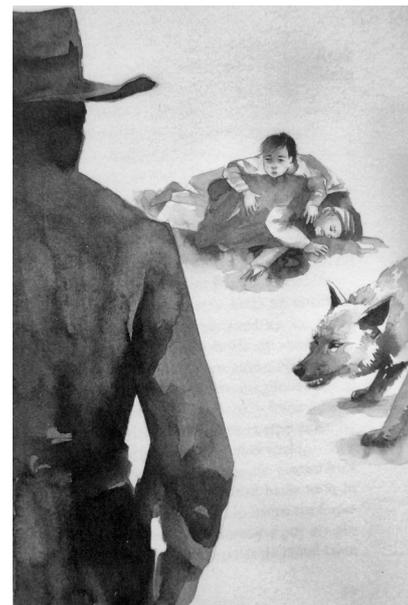
Ése fue el día en que lo perdí todo, le digo desde el fondo de mis ojos a küdemallü, la luciérnaga, y su luz verde me contesta que no sólo fui yo el que lo perdió todo ese día.

Veo a la Gente de la Tierra, entre ellos a Aukamañ y Kinturray, alejándose pesarosos del poblado en llamas, vigilados por wingkas con armas de matar, y veo cómo grandes bestias de metal arrasan el bosque y derriban a lemu y toda su grandeza. Caen los robles generosos de diweñes y los robustos alerces, las araucarias y el sagrado foike, el siempre verde canelo. Todo cae.

—¡Afmau! ¡Afmau! —grita Aukamañ, y su voz es lo último que pierdo.

Bajo mis párpados, la luz verde de küdemallü, la luciérnaga, me dice:

—Tienes muchos años en tu cuerpo maltratado, casi el doble de los años que tenías cuando los wingkas te alejaron de Aukamañ, pero el ngünemapu ha decidido que vivas hasta que lo encuentres y lo ayudes.



6) "Historia de un Perro llamado Leal": Reqle / Siete



Reqle / Siete



Ha El día que los wingkas me quitaron todo lo que me proporcionaba alegría empezaron los años del dolor y las golpizas.

Me llevaron a rastras hasta un territorio triste, no había aromas amables, no había bosques, sino unos árboles de sombra incierta y que ellos llaman pinos.

Ningún pájaro anidaba en sus ramas, ningún animal se movía al pie de sus troncos, y hasta piru, el gusano, evitaba asomar su cuerpo entre las aceitosas hojas que cubrían el suelo.

Los wingkas son seres de costumbres extrañas, no sienten gratitud hacia todo lo que hay. Al cortar el pan lo hacen sin respeto, sin agradecer al ngünemapu por ese alimento, y cuando sus bestias de metal talan el viejo bosque de siempre, no sienten el dolor de lemu, ni le piden perdón por lo que hacen.

Para ellos, desde el momento en que se me llevaron del caserío mapuche, yo debía de ser un perro especial, nunca he sabido por qué debía de ser diferente a los otros perros. Es cierto que soy grande y veloz, pero mi carne sufre como la de los demás al recibir los latigazos y también me humilla la jaula en la que me encierran, y también me hiere la cadena que atan a mi cuello.

Quisieron darme nombres extraños como Capitán o Bobby, mas jamás obedecí a tales nombres y empezaron a llamarme «perro». Mi único nombre es Afmau, porque así me llamó la Gente de la Tierra.

Más tarde quisieron que me enfrentara a otros perros en combates que ellos celebraban bebiendo un agua turbia que los torna torpes y brutales. Me enfrenté a los otros perros cautivos pero sin atacarlos. Recordaba los movimientos lentos, sigilosos de nawel, el jaguar, y los repetía mirándolos a los ojos y enseñando los colmillos. Mis tristes compañeros de cautiverio bajaban la cabeza y se alejaban con el rabo entre las patas. Entonces los wingkas nos azotaban, a ellos llamándoles cobardes, y a mí por infundirles temor.

Pasé varios veranos cortos, con sus respectivos e interminables inviernos, en la jaula, o atado a alguna de las bestias de metal que arrasaban los bosques, sin otra misión que ladrar ante la presencia de hombres ajenos a la manada, hasta que un día ocurrió algo que hizo más llevadero mi cautiverio.

Un wingka de la manada se hizo con algo, no sé qué sería, al parecer muy importante para ellos, y huyó entre la plantación de pinos. El jefe de la manada ordenó:

«¡Traigan al perro!», y me froté la nariz con la manta del que había huido. Olía a sudor rancio, a miedo, al agua turbia que los wingkas beben, y no me fue difícil dar con el rastro. Los conduje hasta él dando rodeos, pude haberlo hecho en poco tiempo, mas descubrí que esa pequeña libertad devolvía la elasticidad a mis músculos, la agudeza a mis ojos, a mis orejas; y a medida que me alejaba de la plantación de pinos regresaban a mi olfato los olores conocidos.

Glossario Machupe

A partir de ese hecho, de la captura de ese hombre, el jefe de la manada decidió que yo era su perro y ya no volví a la jaula ni a estar encadenado junto a alguna bestia de metal.

Debía permanecer siempre junto a él. Gritaba: «¡Perro, siéntate!», y yo me sentaba. «¡Perro, ataca!», y yo enseñaba los colmillos. A veces el jefe de la manada y otros wingkas salían de las plantaciones de pinos y se internaban en el viejo bosque. Llevaban sus armas de matar, disparaban y yo tenía que correr en busca de la presa abatida. Y cuando las encontraba y me hallaba frente a los cuerpos heridos, gruñía: «Te pido perdón, yarken, la lechuza», «Te pido perdón, wilki, el zorzal», «Te pido perdón, sillo, la perdiz», «Te pido perdón, maykoño, la tórtola, por la conducta de los wingkas, que matan todo lo que vuela», y destrozaba sus cuellos con mis colmillos para evitarles la dolorosa agonía.

Fui el perro. El perro del jefe de la manada de wingkas, de los que no son Gente de la Tierra. El perro capaz de seguir un rastro y de cobrar presas en las cacerías. El perro que se alimentaba de las sobras y sentía cómo los inviernos se le metían en los huesos, cómo el cansancio de una vida que ha de durar lo que el ngünemapu decida se apoderaba de él.

El día en que el jefe de la manada dijo que tenían que cazar a un indio me sentía viejo y cansado.

—¿Por qué? ¿Qué nos ha hecho ese indio? —consultó un hombre.

—Porque es un indio listo, de los que saben leer y escribir. Es muy joven, pero anda soliviantando a los mapuche, los anima a recuperar sus tierras —contestó el jefe de la manada.

—Para eso está la policía. Nosotros cumplimos expulsándolos de sus casas y ahora nuestro trabajo es cuidar las plantaciones madereras —alegó el otro hombre de la manada.

—Escúchame bien. Ese indio vio cómo matamos al longko Wenchulaf. Es un testigo, y si un día alguien investiga lo que pasó, ese joven indio al que llaman longko Aukamañ nos puede acusar y terminaremos en la cárcel. Por eso debe morir —dijo el jefe de la manada.

Yo oí el nombre de Aukamañ y sentí que la sangre corría veloz por mis venas, que mis huesos recuperaban solidez, que mis pasos podían llevarme hasta el joven que fue mi peñi, mi hermano, cuando los dos no éramos más que un pichiche y un pichitrewa, unos cachorros de hombre y de perro.

Al día siguiente, la manada de wingkas cargó en una camioneta sus armas de matar, comida, el agua turbia que los torna brutales y otros menesteres. Yo viajé con el cuerpo encogido en una jaula, pero no me importó.

Luego de un largo trayecto por caminos accidentados, el vehículo se detuvo en las laderas de un monte. Todo olía como antaño, el bosque cercano y la vegetación eran una fiesta de aromas, y también me llegaba el grato olor de la leña seca ardiendo. Muy cerca corría un río y, junto a él, había un caserío de la Gente de la Tierra. Las rukas se alineaban con las puertas principales orientadas hacia la puelmapu, la tierra del este, desde donde cada día se alza antü, el viejo sol.

La manada de wingkas empezó a bajar por el monte con sigilo. El jefe de la manada sostenía con fuerza la cadena con que me llevaba atado al cuello, tiraba de ella para recordarme el poder de su crueldad. Entonces lo vi.

Rodeado por un pequeño grupo de hombres y mujeres mapuche, un grupo de Gente de la Tierra, estaba el joven, que se cubría con el makuñ, el poncho negro y rojo —los colores de la nobleza y el valor—, tejido tal vez, así quise creerlo, por las manos de su madre Kinturray. En la cabeza llevaba una vicha de iguales colores, y se movía con los mismos gestos de su abuelo Wenchulaf.

Aukamañ ya era un che, todo un hombre joven, y yo un trewa, un perro con mucho tiempo metido en el cuerpo.

El jefe de la manada de wingkas entregó a otro hombre la cadena que me sujetaba y levantó su arma de matar. Entonces yo ladré con todas mis fuerzas y el disparo alcanzó a Aukamañ en una pierna. Lo vi caer y volver a levantarse. Avanzó cojeando hasta el cercano bosque. Lemu lo cobijó en su oscuridad verde y no lo vimos más.

En el suelo había sangre. Olía a la leña seca ardiendo que guardaba en mi memoria, a pan, a harina, a leche y a miel.

Así empezó la cacería que se ha prolongado hasta el anochecer, muy cerca de la orilla en la que, junto a la manada de wingkas, espero con las orejas alerta.

